

## UN EPISODIO DE LA GUERRA ESPAÑOLA DE LIBERACIÓN QUE NO FUE DIVULGADO

POR

JOSEP SERRA I PÀMIÉS (\*)

Me dispongo a escribir sobre los propósitos de elementos extremistas incontrolados que proyectaron destruir una parte de Barcelona antes de que se produjeran la entrada de los "nacionales". Y es para mí una satisfacción poder decir que aquellos propósitos fueron desbaratados por Miquel Serra Pàmies, el cual era entonces Conseller de la Generalitat y Secretario del P.S.U.C. Afirmo ser cierto que mi hermano logró evitar unos actos de

---

(\*) Transcribimos un capítulo del libro de Josep Serra i Pamiès titulado *Fuu una guerra contra tots*. Ocupa las páginas 171 a la 183 (Editorial Portic, colección Nartex, núm. 21. Barna, 1980, ISBN: 84-7306-131-4).

La tesis de su autor es desconcertante y queda reflejada en el mismo título del libro. Se manifiesta como nacionalista catalán lleno de resentimientos contra manifestaciones de un "nacionalismo español" de tono castellanista, que le han herido ya sea en zona roja, ya sea en zona nacional. Demócrata según la democracia de los partidos políticos, es enemigo de todas las dictaduras, sin distinción de la ética en que se inspiran sus actos de gobierno. Católico perseguido por el régimen comunista imperante en Cataluña de 1936-1939 y hermano de un comunista que ocupaba altos cargos, y de otro hermano que fue Comisario Político en el Ejército Popular, y al que José Serra logró amancar de la pena de muerte, en la postguerra, y que falleció en la Cárcel Modelo de Barcelona, donde cumplía una condena de 30 años, sin querer saber nada con la Iglesia.

En el capítulo que aquí traducimos, titulado "Oposición del Consellers Miquel Serra Pàmies a un antibarcelonismo cruel", Josep Serra i Pàmies narra cómo su hermano, el comunista, libró la ciudad de Barcelona de una crudelísima destrucción, planeada por aquellos que, en su huida, sólo querían dejar al enemigo tierra quemada, de acuerdo con la estrategia rusa... (Nota de Antonio Sospedra y Buyé, C.P.C.R., autor también de la traducción).

represalia con proporciones catastróficas. Además me interesa puntualizar que las destrucciones que, afortunadamente, fueron evitadas no hubieran podido favorecer, en lo más mínimo, a la causa republicana. Por el contrario hay que reconocer que hubiesen sido múltiples los perjuicios causados a la población civil, tanto en lo que se refiere a los valores industriales medio desarticulados en aquellos momentos, como en lo que refiere a los sectores obreros más humildes, incluidos entre ellos varios millares de refugiados procedentes de todas las tierras de España y pertenecientes a ideologías en pugna. La realidad de aquello hubiese sido una venganza locamente pensada, al mismo tiempo que contraproducente y de efectos políticos estériles.

Me interesa hacer constar que alguno de los amigos de mi hermano, y también míos, han contribuido a que me decidiera a escribir el presente capítulo, en el cual predomina el material de primera mano que integran diversos informes inéditos logrados a través de las cartas recibidas de Méjico, así como de noticias de procedencia rusa.

No olvido que, ya hace tiempo, llegó la hora de poner cosas en claro. Debo añadir lo siguiente: dado que Miquel Serra fue sistemáticamente ultrajado por los elementos violentados por los efectos de la derrota, y al mismo tiempo agujoneados por influencias soviéticas de después de la guerra, no sería ni lícito ni fraternal el que yo continuara manteniendo el silencio que durante los años de la última Dictadura fue difícil romper. Y no puedo olvidar tampoco que él, mi hermano, fallecido en México el 14 de junio de 1968, ya no pudo defenderse, y que sus hijos, a causa de su juventud y de su ignorancia de las singularidades propias de las tragedias de la guerra, no se hallan en situación de poder hablar con exactitud de los hechos que es preciso narrar. A causa de esto, ellos mismos, más de una vez, me han pedido que yo me cuidara de facilitar tan interesante información.

Pienso (a pesar de que se trata de una acción protagonizada por un familiar mío) que bien merece ser considerada como uno de los actos más interesantes de la historia de Barcelona en los últimos tiempos de la guerra civil española, dado que puede ser presentado como un caso personal y personalísimo del Conseller

de la Generalitat que tuvo la suerte de poder beneficiar a la Ciudad Condal con un gran servicio.

Y a continuación de lo dicho, debo repetir nuevamente que —como no lo ignoran los barceloneses— en los propósitos de los extremistas no tuvieron ni arte ni parte las fuerzas republicanas y socialistas que, con el soporte de la Generalitat, durante la guerra, habían luchado en favor de la libertad y de los derechos de Cataluña.

Como que el episodio, dada su importancia, me obliga a dar una serie larga de detalles relacionados con aquellas lamentables discordias, comenzaré reproduciendo un fragmento de la crónica de Francisco Lucientes en el diario *La Vanguardia* del 12 de febrero de 1946. En ellas son mencionados diversos nombres de políticos españoles que, después de la guerra civil, fueron llamados a Rusia:

"7.../ Uno de los deseos de «La Pasionaria» era terminar con el Partido Socialista Unificado de Cataluña, rama regional del Partido Comunista Español, grupo catalán que disponía de relativa autonomía dentro de la férula comunista. El jefe de los comunistas catalanes, Comorera, fue convocado a Moscú por «La Pasionaria», quien lo instaló suntuosamente en el Hotel Lux, donde claudicó ante el ultimatum de «La Pasionaria», pese a las protestas de Miguel Serra Pàmies, Secretario del Partido Socialista Unificado de Catalunya. «La Pasionaria» y Comorera acordaron quitar de en medio al estorbo vociferante que suponía Serra Pàmies, e idearon un proceso de responsabilidades políticas por la pérdida de la guerra comunista española.

"Serra Pàmies, al estilo de Bujarin, Zinovief, Radek y tantos otros fue recluido en los sótanos de la Lubianska «maduro» y un día se le trajo a proceso público donde ante la ínfima categoría del inculcado no actuó el Andrei Vichinski, ahora diplomático en Londres para la O.N.U., y en otros días fiscal verdugo en la eliminación de tantos revolucionarios prestigiosos enemigos de Stalin, como los aludidos Bujarin, Zinovief y Radek. Miguel Serra Pàmies tuvo por fiscal a un esbirro que designó Carrasco, alias Korsakof, pero el procesado llegó a la vista de su causa tan consumido que, oyéndose acusar de ser el principal culpable de la pérdida de la guerra comunista española, sufrió un terrible ataque de nervios del que quedó entontecido para siempre y a un pie solo de la tumba. La liquidación de Serra Pàmies envalentonó a Lister y Modesto en su largamente reflexionada conjuración contra Valentín González «El Campesino».

En cuanto a este texto que acabo de reproducir, he de confesar que, de momento, no llegó a causarme la impresión de tragedia que el lector se habrá podido imaginar, dado que para los familiares de Miquel Serra, Rusia ya era cosa pasada; eran unos horrores felizmente pretéritos (1). A Dios gracias, algún tiempo antes de aparecer en *La Vanguardia* aquel texto, la familia de Serra había recibido cartas de nuestro Miguel escritas desde el acogedor país mejicano. Sentíamos el gozo de saber que estaba vivo, libre de la monstruosa persecución, de la que había logrado deshacerse, a pesar de que la salida oficial de Rusia que le habían autorizado obedecía al criminal propósito de liquidarlo antes de que llegase a traspasar las fronteras del paraíso soviético.

Y Rusia, en aquel mismo tiempo —¡qué mundo!— luchaba al lado de diversas naciones europeas, que decían defender la libertad y los derechos de los pueblos. Y a capricho del “padrecito” Stalin, rusos y extranjeros, dudosos o considerados enemigos del régimen, eran sacrificados a millones, con aquella misma crueldad con que Hitler los hacía llegar a los campos de exterminio de Mathausen (2) y a otros lugares. ¡Pobre humanidad! ¡Incomprensible!

La crónica del Sr. Lucientes de *La Vanguardia*, que acabo de presentar, cuando se produjo la evolución de algunos aspectos de la Dictadura, me inspiró la idea de sugerir a mi hermano que

---

(1) Ya no temíamos la agresividad de los rusos. De todos modos Miquel Serra, en Méjico, se vio obligado a llevar una vida austera, aislada de los exiliados españoles, entre los cuales circulaban noticias tendenciosas acerca de los hechos de la guerra civil. El tuvo la suerte de no dejar sus huesos en Rusia, pero no olvidemos que, aun viviendo marginado, estuvo en grave peligro de ser víctima de los agentes secretos adictos a Moscú. Stalin no perdonaba a nadie. Y Miguel Serra habría luchado enérgicamente contra algunos políticos españoles incondicionales del *padrecito*. No puede ser olvidado el caso de Trotski, asesinado por el agente secreto Ramón Mercadé, hijo de Barcelona, el cual con un pico de escalador, le partió la cabeza.

(2) La tan activa como admirada escritora Montserrat Roig ha comentado extensamente en libros y en conferencias, los honores de los campos de concentración de Mathausen, Dachau, Buchenwald y otros lugares de exterminio, sirviéndose del testimonio de diversos sobrevivientes. Pero Miguel Serra había hablado de los crímenes practicados por los rusos, no inferiores en crueldad.

publicara un libro en el que explicara su estada en Rusia. Le escribí el 15 de abril de 1949 y él me contestó con fecha de 22 de junio del mismo año. Transcribo aquí su carta literalmente, dejando solo sin publicar las dos primeras páginas en las que sólo trata de asuntos familiares. Esas son, por lo tanto, las explicaciones del perseguido primero y exiliado después, Miguel Serra i Pàmies:

-Cuando yo llegué a Méjico, como sabes ("fotut") *jodido*? y sin blanca, mi presencia, viniendo de donde venía, y diciendo las mil pestes de aquello que había visto, provocó toda clase de comentarios y, en general, una notable curiosidad.

Unido a otros amigos publiqué un manifiesto político, a cuyo ideario me atengo todavía. Entre la prensa catalana de América (se editaban unas 10 o 12 revistas —de no refugiados—) tuvo una acogida unánime. Todos los comentarios fueron favorables.

La prensa comunista se alzó contra la nueva posición y atacó despiadadamente. Lo clasificó como una nueva rama de una escisión trotskista. Lo clasificó como una doctrina "nacionalista-pequeño burguesa-trotskistizante".

Desde aquel momento iniciaron los comunistas una persecución intelectual y física. Su prensa no dejaba de hablar. Yo, falto de elementos materiales así como de soporte colectivo, empecé callando y continúo, todavía hoy, en el mutismo.

La propaganda me la hicieron ellos mismos. No solo hablaron constantemente en la prensa americana sino que todavía siguen hablando en la de Francia.

Poco después de la escisión, una empresa americana (E.E.UU.) me pidió lo que podríamos llamar unas memorias de los "*Siete meses en Rusia*". Empecé a escribir, y cuando ya podía darse por acabada la descripción, un como remordimiento de conciencia me impuso marcha atrás. Anulamos el contrato, por el que iba a cobrar cinco mil dólares y el 10% del valor de la venta.

Poco más tarde los Estados Unidos entraron en guerra al lado de los que yo tanto combatía y, seguramente, por razones de Estado hubiesen incluso recogido la edición.

Mi proceso de siete meses —tan bochornoso como poco divulgado— tuvo diversas facetas. La acusación central era que yo "había minado la resistencia civil de Cataluña; ser la cabeza organizadora de una escisión del P.S.U.C. y el reconstructor de la aburguesada Unión Socialista de Cataluña. No puedo contarte en qué basaban las acusaciones, ni cómo las formulaban, porque sería una larga tarea no ade-

cuada a una carta. Pero sí que voy a contarte una fase emotiva y que defendí con todo entusiasmo.

Cuando parecía que las sesiones del Tribunal ya llegaban a su término, en una sesión muy concurrida en la que asistían, entre otros, Pick, presidente del Partido Comunista Alemán; Dimitrov, actual Jefe del Gobierno de Bulgaria, el fiscal me hizo preguntar por medio del intérprete:

—“¿Cómo y por qué no llevó a buen término la destrucción de Barcelona?”.

Si no hiciera un paréntesis, no podrías comprender lo que significaba tal pregunta.

El Partido Comunista de España, sin exceptuar a ninguno de sus dirigentes, sentían, y quizá continúan sintiendo, un odio feroz a Cataluña. Los rusos, el Estado Mayor Militar ruso, aplicaban la consigna de “tierra quemada para el enemigo”, y en toda la retirada militar de Cataluña aplicaron la consigna, en lo posible. Esto lo sabéis mejor los que os quedásteis que no los que nos fuimos de Cataluña.

El Estado Mayor Militar, cuando las fuerzas contrarias se hallaban junto al río Llobregat, acordaron defender Barcelona; pero unas horas más tarde fue acordado evacuar la ciudad, alegando que la población civil no estaba dispuesta a colaborar.

Entonces hubo una reunión del P.C.E. y P.S.U. y los militares encargados de demoliciones para destruir en lo posible Barcelona. La mayoría de los militares eran de la Brigada Lister, y se tomó el acuerdo de comenzar la destrucción de fábricas, todas las instalaciones del Puerto, “La Barcelonesa” de la calle de Mata, y la térmica de Sant Adrià, y finalmente, volar los túneles del Metro.

En Barcelona, según los técnicos, había varios miles de toneladas de trilita, que eran suficientes para llevar a término las demoliciones propuestas. En el Metro había miles de toneladas de municiones, especialmente de artillería. Aseguraban que con la voladura del Metro quedaría destruida una cuarta parte de Barcelona.

Los reunidos estaban admirados de la magnitud de la empresa, pero todos daban su asentimiento a las órdenes.

Yo tuve un golpe de audacia. Dije que debía ser un hombre del mundo civil y con responsabilidad política el que debía decidir el momento. Todos estuvieron de acuerdo, y comenzó la preparación.

Mi actuación, en apariencia entusiasta y decidida, fue dilatoria. La reunión de los técnicos era una reunión constante. Errores en las direcciones y todo lo que te puedas imaginar. Mientras yo me estaba jugando la vida, no se destruía nada, o bien poca cosa. Los “nacionales” no acababan nunca de entrar, hasta que por fin llegaron. Cuando

ellos estaban en la plaza de Cataluña nosotros todavía nos hallábamos en el Hotel Ritz. Barcelona no era destruida.

En el proceso, me hice cargo de la responsabilidad de haber desobedecido al acuerdo de la destrucción de Barcelona. Dije que si pedí ser el director de la destrucción fue para frustrarla. Lo hice con plena conciencia. Alegué que la destrucción de la cuarta parte de Barcelona, ocasionando la muerte de unos doscientos mil ciudadanos, era un crimen civil y no un acto militar. Defendí este hecho por espacio de tres horas. Los que tenían que juzgarme no se atrevieron a contestarme. Consultaron a la superioridad (Stalin) y llegaron a la conclusión de que aquella matanza civil habría provocado un acto de repugnancia internacional en perjuicio del Partido Comunista.

¿Crees tú que si los barceloneses supieran, conocieran, este episodio tendrían para mí un acto de gratitud? A mí, que podía perder la vida en Barcelona durante mis dilaciones y contraórdenes, primero; y en Moscú, después, en el proceso. ¿Crees tú que ninguno de aquellos vecinos a los que esperaba una muerte segura, me daría las gracias?

No, hermano mío José, los pueblos se olvidan de los peligros que ya pasaron y viven del presente. Si alguna gesta recuerdan, son las gestas bárbaras. No las humanas.

Si un día, como espero, volvemos a Barcelona, yo seré combatido por unos y no seré defendido por nadie. Para el pueblo yo seré un fracasado, un derrotado, con suerte, un hombre gris. Tendré las máximas dificultades para ganarme las judías, porque se me cerrarán muchas puertas.

En el Trust de electricidad de México, filial de la "SOFINA" como hasta hace poco lo era "La Barcelonesa", trabajaban refugiados, incluso de filiación comunista, pero Serra Pàmies, cuando intentó encontrar allí trabajo no fue admitido por ser "hombre peligroso". No saben lo que yo hice para que no fuera destruida la térmica de la calle Mata. Si lo supieran... me desconocerían.

Por eso no escribo. Por eso callo. Y gracias a esta actitud, todavía estoy vivo.

Tú, quizá, no opines igual, quizá intentarías popularizar episodios y actos notorios, intentando una popularidad personal. Yo sé que, momentáneamente, recibiría unos aplausos de los que no están conmigo, o dicho mejor, que "yo no estoy con ellos" (3).

---

(3) Ciertamente, de hallarme yo en el lugar de mi hermano hubiese publicado los hechos sufridos y presenciados en Rusia, respondiendo a un deber de conciencia. Pensaba y continuo pensando que hay que luchar contra las falsedades y contra la maldad. Él, en cambio, no se atrevió a hacerlo, aunque en un primer momento se lo había propuesto. Incluso llegué a sugerirle que me escribie-

Y el día en que impere la normalidad, la gente estará de fiesta, y si yo sacara a relucir aquellos hechos, el comentario de la mayoría sería un comentario sarcástico; el más suave diría que ando buscando una plaza de guardia urbano.

Quizá la bella Barcelona, cuya destrucción evité yo un día, será destruída por bombas atómicas. Deseemos que aquel día otro catalán lo evite.

No sé cómo acabar esta carta; he caído en la tentación de escribir cosas pasadas. Digo que no quiero divulgarlas, y el hecho de comunicárlas, aunque sea por vez primera, demuestra que tengo ganas de hacerlo y me traiciono a mí mismo.

Todos tenemos dotes naturales. Yo no tengo la de escribir con claridad; y es la dote que más quisiera poseer. ¿Qué quieres que haga, si estoy desposeído de tal cualidad?

No podemos hacer las cosas en contra de la naturaleza. Hemos nacido así y así moriremos, como tú dices: "genio y figura...". Si esta carta la leyera el amigo Ricard, seguro que haría planes fantásticos de reivindicación..., luego, no haría nada.

Yo no puedo decir la verdad a medias. Hay que comenzar desde el principio, no hay que perdonar ninguna debilidad. A mi entender, y dejándome llevar por los hechos, ni un hombre se salva del incumplimiento de sus deberes, ni como catalán ni como hombre público. Todos, absolutamente todos; somos responsables de la tragedia de nuestro pueblo. Lo único que yo podría demostrar es que yo no he sido un cobarde.

Si tenéis censura y el censor no es un hombre inteligente, estoy seguro de que no dejará llegar esta carta a tus manos. Si es humano;

---

ra una serie de cartas, que yo debería recibir una tras otra durante un tiempo convencional, en las que fuera contándome los horrores de Rusia; principalmente aquellos en los que él había sido protagonista. Y al mismo tiempo le propuse recoger yo las cartas en un libro que hubiese podido llevar el título de *Cartas de mi hermano*, con el fin de que él quedara al margen de complicaciones. Miquel Serra, empero, siempre fue más idealista que político. Consideremos que el desencanto que le produjo la Rusia que él conoció, fue una herida profunda en propia piel de hombre sinceramente decepcionado.

Entonces no se publicaban libros en catalán. Y quizá no habría sido oportuno acoger en catalán aquello que desde Méjico él me hubiese podido contar, pues hablar mal de Rusia podía parecer que favorecía a Franco. No obstante, sigo pensando que el silencio de mi hermano me privó de un material de primera mano interesantísimo, que no llegó a convertirse en letra escrita. También parece cosa muy probable que en el tiempo de la Dictadura no habría sido posible publicar un libro conteniendo noticias provenientes de un socialista y antiguo miembro de la Generalitat de Catalunya que, sin la menor renuncia, continuaba firmemente adicto a sus ideales de siempre.

la dejará llegar. Yo le ruego que te haga llegar la primera y segunda página.

Salud, y muchos recuerdos a todos. Que llueva mucho y que nuestro pueblo confíe en el porvenir.

MIGUEL

La carta de mi hermano Miguel, que acabo de reproducir, no es ciertamente un documento flaco de tintas. Parece, empero, que en ella deja de explicar buena parte de su trágica odisea en Rusia. Y la razón es que tantas decepciones se convirtieron en un muy complicado drama personal, bien difícil de contar, involucrado con los problemas de Barcelona y de Cataluña, que lo marcaron para toda su vida. Su caso no fue el de uno que simplemente hizo política. Por lo mismo, defraudado y dolorido, se convirtió en exiliado del silencio de las grandes nostalgias.

Debo decir que durante mucho tiempo fueron numerosas las cartas de mi hermano y las mías que no llegaron a su destino, ni tampoco era posible escribir todo lo que hubiésemos querido comentar. La censura era muy rigurosa y muchas cartas suyas, guardadas en lugares luego olvidados, acabaron perdiéndose temporalmente o quien sabe si para siempre.

A menudo la policía me visitó para saber cosas de mi hermano exiliado. Y en una de aquellas visitas, un agente me preguntó: —“¿Sabe Vd. si su hermano pertenece a la Masonería?”.

Al contestarle que estaba seguro de que jamás había sido masón, me replicó muy solemnemente:

—“Vd. me ha contestado en términos muy absolutos. En cambio, nuestras noticias...”.

Entonces intenté remachar el clavo, diciéndole todavía con mayor decisión:

—“¡Estoy seguro, segurísimo! Además, creo que en España siempre seremos igual: los católicos —por suerte, antes más que ahora— damos la culpa de todos los males a los misteriosos masones, protestantes, judíos... y los no católicos la cargan a los jesuitas...”.

El agente soltó una gran carcajada. A partir de aquellos momentos, ya solo me dijo unas palabras discretas, intrascendentes:

nada más que preguntas "técnicas". Y después de hacer algunos breves apuntes en su carnet de notas, se despidió muy cortésmente.

También recojo aquí, literalmente, las siguientes declaraciones de Francesc Ramos, publicadas en las páginas de *El Correo Catalán* del 22 de mayo de 1977:

«Debíamos celebrar una pequeña reunión en la que se analizarían los aspectos militar y político de la guerra civil. Pero solo se hizo un análisis político al que contribuyeron Comorera, Del Barrio y Serra Pàmies (La reunión a que alude se celebró en Moscú, presidida por Dolores Ibarruri "La Pasionaria").

Al preguntarle Rodríguez Pujol, el periodista:

—«¿Por qué fue Vd. detenido?».

Francesc Ramos contestó:

—«Supongo que todo se sabe, y yo había dicho más de una vez que por aquello que estaba viendo en la U.R.S.S., no había yo luchado en España. Los chequistas ('tíquistas', de 'tikach', que quiere decir huir en ruso y los llamábamos nosotros) seguían consignas de Stalin y se dedicaban a reprimir a todos los que habían luchado de verdad en la guerra».

«Serra Pàmies (continúa declarando Francesc Ramos) había sido acusado de pertenecer al Segundo Buró Francés. Del disgusto le quedó al hombre una parálisis parcial».

Mi hermano, en una de sus primeras cartas, me comentó que había sufrido una parálisis facial, no parcial como, probablemente por error de imprenta, queda dicho en la interviú. Él me dio la culpa de aquel percance a las bajas, exageradamente bajas, temperaturas rusas. También me dijo que le quedaba la señal, medio disimulada, en su físico.

Refiriéndose a las heladas temperaturas, Ramos ha dicho en la misma interviú, cosas muy concretas:

«Durante nueve meses /.../ de la celda de castigo donde te desnudaban hasta que te helabas. Entonces te aplicaban aire caliente a más de sesenta grados, hasta en los interrogatorios, bajo los focos, durante horas sin dormir, sometido al lavado de cerebro....».

No continuaré con las declaraciones de Ramos, el ayer perseguido y actualmente activo parlamentario del P.S.O.E. Pero encuentro interesante el siguiente comentario retransmitido por el

prestigioso periodista Jordi Jané, desde la revista *Oriflamma*, núm. 21 del 15/21 de octubre de 1977. En una información extensa sobre el fusilamiento del mártir Presidente Companys presentada bajo un título tan preciso como éste, "Por primera vez habla un testigo presencial del martirio de Lluís Companys", Jané nos presenta una entrevista que él hizo a un testigo del fusilamiento del más representativo de los patriotas catalanes de aquel tiempo. Y al declarante, al informador, el mencionado cronista, le da el tratamiento de "hombre muy seguro de lo que está diciendo".

Yo aquí, ahora, me limitaré a reproducir el comentario que (hablando de Companys —como en un inciso—) aquel mismo espectador y testimonio anónimo hizo sobre el Conseller Miquel Serra i Pàmies:

Companys —dice— marchó de Barcelona hacia el 20 de enero. De su gobierno, sólo quedó Serra Pàmies, Conseller de abastos (4). Serra fue el último en marchar. Dicen que tenía orden de volar algunos edificios o zonas de Barcelona, que ya había sido previamente minados, pero él no cumplió aquella orden. Si es verdad o no es verdad esto de que tenía que dinamitar Barcelona, jamás se sabrá. Es una de aquellas cosas que dice la gente....

Los últimos días de Barcelona fueron de una muy extraordinaria confusión. Y más que ninguna otra cosa, de pánico por posibles destrucciones y venganzas. Pero no pueden ser dados detalles de aquello que, por suerte, no se produjo. Otra cosa muy diferente habría sido si hubiera constancia real de aquel proyecto de venganza contra Barcelona y toda Cataluña. No se puede prever como habría acabado todo. Sólo podemos pensar que, acabada la guerra, una Barcelona destruida habría quedado aún más lejos del anhelado renacer.

No cabe ninguna duda de que el criminal propósito fallado respondió a los programas del comunismo internacional. El proceso de Moscú, antes narrado, aclara el caso del político catalán que a última hora no les fue adicto, sino que fue un decidido obstaculizador de su proyecto dictatorial.

---

(4) Primero fue Consejero de Abastos, y después de Obras Públicas.

También hablaron insidiosamente de Miquel Serra unos periódicos catalanes, publicados en la Cataluña francesa, influenciados por Rusia y los extremistas amargados por aquel sabotaje que supuso para ellos no poder destruir Barcelona.

Sin duda debemos convenir en que no hay noticia más interesante de aquellos días que la noticia que hace referencia al buen éxito del gesto de verdadera humanidad que evitó que los criminales propósitos llegasen a término.

Barcelona no fue destruida.